



Martín Goycochea Menéndez



Los hombres-montañas

Francia y López no eran dos torres, eran dos montañas entre las eminencias de su época. Esos hombres así están formados de granito, hierro y bronce. Son el sumando de un pueblo; a veces parece que fueran más que el pueblo mismo.

El análisis aún no ha investigado la composición de sus organismos morales; la sociología no ha definido, con el postrer toque de la verdad, la fisonomía de sus épocas respectivas.

Por eso es que en ambos sólo se ve la cima abrupta, colosal. Los que quisieron ascender por sobre de ella, abandonaron el camino a la mitad de la jornada. Falta un águila que, desplegando el ala poderosa, vaya a ver si desde la última arista de esas cumbres el horizonte es más extenso y el cielo más azul.

Francia actuaba en una época repleta de semidioses: los semidioses de la Revolución. Por sobre los Andes ascendían en busca

de laureles los Teseos y los Aquiles, seguidos de sus falanges de centauros. Aquel gran fragor de armas le hizo despertar y se sintió Dios. Vio a su pueblo; investigó su psiquis; ese pueblo era dulce y bueno, su lenguaje era melancólico como una queja, a través de su alma sin mancilla pasaban sin penumbra todos los rayos del sol. Y, juzgando que una raza así debía vivir para sí misma, puso sobre las fronteras de la patria esas grandes líneas de olvido y de silencio con que encerró su dominio.

Entre tanto, por sobre las colinas, su cabeza se erguía poderosamente, investigando los horizontes de América. Y esa gran sien, sobre la cual se encabritaban los rayos sin lograr penetrar bajo su carne, debía parecer a la distancia, por lo menos, una montaña.

López no tenía el genio silencioso de su extraño antecesor. Poseía, por el contrario, un espíritu menos complicado, menos profundo, pero en cambio más moderno, más brillante, más complejo y, por lo mismo, más humano. [68]

Nunca un hombre hizo más fuerte a un pueblo para ser grande en sus luchas, para ser superior en sus desgracias. Por eso él lo condujo a donde quiso, haciéndole correr como un huracán desbocado sobre la pista de su ensueño. Fue el poeta de la guerra, un gran poeta, que dejaba trazado a cada paso un poema de heroísmo con la punta de su espada.

Los hombres del presente suelen algunas veces levantar sus voces, como símbolo de protesta, a causa de la sangre vertida por ambos en las contiendas civiles.

El concepto científico moderno no desdeña el investigar si en el momento en que esas vidas fueron sacrificadas, no eran necesarias hecatombes semejantes para el bien de la patria.

El alma humana no es perversa desde su génesis; son los acontecimientos los que hacen los tiranos. Y para los llamados así, es para quienes la sociología del siglo XX está fundiendo el metal con que han de cincelarse sus estatuas.

Los prejuicios van cayendo poco a poco. El fragor de las viejas tormentas se va perdiendo, lentamente, en el fondo de las almas. Sobre la sangre vertida y los odios derramados a manos llenas, florecen las margaritas de la paz.

¡Y el tiempo, que hace brotar las rosas sobre el polvo de los cráneos, allá en el fondo silencioso de la tumba, sólo dejará en pie para esta tierra esos dos formidables caracteres, como dos gigantescas atalayas que estuvieran investigando la majestad del porvenir!

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo